



# PASIÓN POR Leer

**ENVIDIA**

Marta Merkin

**EL GRITO  
DE LA ROSITA**

Margarita Eggers Lan

“Envidia” de Marta Merkin.

En *Literatura de la pelota*, edic. especial de la revista *La Maga*, octubre 1996.

© Marta Merkin.

¡Gracias, Panno! [www.cuentosymas.com.ar](http://www.cuentosymas.com.ar)

“El grito de la Rosita” de Margarita Eggers Lan.

© Margarita Eggers Lan.

Foto de tapa: Juan Carlos Caminiti

Diseño de tapa y colección: Plan Nacional de Lectura 2010

Colección: Pasión por leer



**Ministerio de Educación de la Nación**

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2010

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

[planlectura@me.gov.ar](mailto:planlectura@me.gov.ar) - [www.planlectura.educ.ar](http://www.planlectura.educ.ar)

República Argentina, 2010

# ENVIDIA

Marta Merkin

La verdad, envidio a los hombres. A veces la envidia me paraliza, otras me enoja y da lo mismo si el enojo es con ellos o conmigo. Esto no me pasa con un hombre en particular sino con casi todos los que conozco.

Mi envidia no es de la que tanto habló Freud. En ese caso bastaría con convertirme en una mujer fálica. Lo mío es diferente.

Yo sé cuando comenzaré a envidiar; reconozco los síntomas con la misma anticipación que un jaquecoso sabe que en dos horas le dolerá la cabeza, y sin embargo... no puedo evitarlo.

Porque lo que yo les envidio a los hombres es el sentimiento que les despierta el fútbol. Si algo se interpone entre ellos y el televisor cuando miran un partido, son capaces de inclinar su cuerpo, aun en sentido contrario al que permiten sus articulaciones, para no perderse ni un segundo de una jugada. Los que miran el partido en una pizzería pueden comer flan con crema, aunque hayan pedido fugazzeta con queso, y ni siquiera notarán la diferencia, comerán y pagarán sin protestar al mismo mozo a quien un día antes, cuando no había partido, le devolvieron un café porque no estaba liviano como lo habían pedido. El mozo que seguramente estará mirando el mismo partido y por eso se equivoca en el pedido, dará el vuelto sin chistar y sonreirá aunque no le dejen propina. No es porque los hermana solidariamente el fútbol sino porque ninguno

de los dos registrará lo sucedido. Ya que cuando miran un partido no existe nada más que eso: "El partido".

Si dos hombres que no tienen nada en común se ven forzados a compartir un ascensor, podrán salir del piso 26 y llegar al subsuelo sin decir ni siquiera: buenas o chau. Sin embargo, si uno de los dos tiene una radio que transmite un partido, el otro le preguntará ¿Cómo van? Y allí mismo el tono de la conversación será el de dos amigos de la infancia, llena de sobreentendidos, de jergas herméticas y de gestos casi cariñosos.

A la hora de los partidos no hay ricos ni pobres, no hay hijos y entenados, no hay de izquierda o de derecha. Cualquiera puede decir "jugamos", sin ni siquiera ir a la cancha, cualquiera puede sentir "ganamos" aunque jamás se haya calzado los botines.

Se acuerdan de las jugadas de otros tiempos y dicen: entró de chanfle, le pegó con la zurda, la metió de pechito; recordando emocionados, como si estuvieran volviendo a ver la trayectoria de alguna pelota.

Se quejan de que fue un gol horrible, o exclaman: ¡Qué golazo! en situaciones tan parecidas que en las dos, la pelota entró al arco.

Es por eso que viendo a los hombres mirar el fútbol tengo una inevitable sensación de envidia.

Y no es por sentir que me quedo afuera del fútbol sino

por presentir que me estoy perdiendo algo de la vida que debe ser muy agradable disfrutar.

Es como tener una adicción que no hace mal. Es como hacer una única cosa a la vez y no tener culpa. Es sentirse parte de algo de donde nunca nadie será alejado sin su consentimiento. Es un lugar adonde uno puede llegar solo o acompañado. Es el tema del que uno puede hablar sin temor a equivocarse, aun frente a sus enemigos. Todo eso junto es lo que a mí no me pasa. Todo eso junto es lo que yo envidio.

Seguramente hay mujeres a las que les gusta el fútbol. Si además de gustarles pueden disfrutarlo como ellos, pueden perderse o desaparecer cuando miran un partido, pueden contener la respiración o hablarles a los jugadores como si los conocieran... entonces, a ellas también las envidio.

**ELGRITO**  
**DE LA ROSITA**  
Margarita Eggers Lan

Si hay algo que me saca de quicio es tener enfrente un tipo que ladeando el labio, escupe con sorna:

–Vos no opinés, que las mujeres de esto no saben...

Ahí me planto y pienso dos veces. Si le contesto o lo mando a la mierda derecho nomás. Entonces me sale del alma:

–Son las tres de la tarde, hermano, tu equipo está jugando. Si no vas a la cancha, cerrá el buche, amargo.

Me levanto y me voy. Espero la puteada que viene de atrás, y me río por dentro. Calentón. Gil de cuarta. Si hubieras conocido a la Rosita...

Eran famosos en el barrio los ravioles de la Rosita. Y los tallarines. Pero no sólo se trataba de la pasta y el relleno; la salsa tenía un aroma que se sentía desde la vereda. Cualquiera se jugaba lo que fuera por que Rosa lo invitara a comer.

Eso sí, los domingos eran sagrados. Toda la familia se las arreglaba a choripán, hamburguesa o pancho, y chito no se te ocurra quejarte.

Ya a las 10 empezaba mi vieja a preparar las banderas.

–Hoy viene Miguelito, sacá la del homenaje al Cholo para que lleve una como la gente. Y si llega el Guille con la nena, desatá la del balconcito, que aunque está descolorida es mejor que nada.

Para cuando teníamos 14 campeonatos, Rosita empezó a bordar la bandera con el número 15. Tan bonita la hizo que daba pena llevarla a la cancha. Será por eso que pasaron 15 años hasta que la desplegamos en medio de las bengalas y las lágrimas.

La había dejado guardada en la valija de cuero del abuelo, envuelta en papel de seda. Nunca la abrimos, ni siquiera el día que nos afanaron el campeonato. Porque iban 45 minutos, y salimos a gritar con silbatos, y dale a los palos con las cacerolas, y el Juan dijo:

–A bajar la valija, que se acabó la mala!

Mi vieja nos paró en seco.

–El campeonato se festeja cuando el referí da la última pitada. Y este es el hijo de puta de Martineiz...

Se hizo un silencio de muerte en ese momento, y dicho y hecho: a los 49 minutos nos inventaron un penal que ni José Feliciano lo cobraba. Nos robaron la copa, y la ilusión de festejar por cinco años más.

El día glorioso, un quince, en la fecha número treinta, dos veces quince, la Rosita le sacó las trabas al cofre de cuero y se nos hizo un nudo cuando la estiramos en el aire. Volaron los pedacitos, toda comida por la polilla estaba, y las lentejuelas brillaban mientras caían.

–Se lleva igual –dijo Rosita–. Que los agujeros son los mismos que se nos hicieron en el alma en todos estos años.

Y eran quince, de no creer.

Mi vieja era chiquita y flaca, toda una lady, peinada con spray, prolija y perfumada, educadita como ella sola. Cosía para afuera y me enseñó el oficio desde chica, igual que a mis hermanos los llevó el tío Pepe a trabajar en el taller mecánico.

Nadie podía imaginarse, cuando tomaba las medidas a las señoras cogotudas, y luego las anotaba en el cuaderno con una letra toda parejita, que el domingo se calzaba la gorra, se enfundaba la camiseta, agarraba la bandera y ametrallaba a puteadas al arquero, al referí y media cancha tenía a la madre con el oficio más viejo del mundo.

Fue siempre una hincha de ley.

Por eso no lo podíamos creer cuando leímos el último deseo.

–Pellizcame, Juancito. No puede ser cierto.



Y el Guille volvió a leer, por si quedaban dudas:

“Quiero que me cremen, y el domingo más cerca de mi santo, me lleven a la cancha y me tiren en el arco que da a la tribuna Gutierrez”.

–¡Es la visitante!!! –gritamos con espanto.

Inútil tratar de entenderlo. Le dimos mil vueltas, y no hubo caso.

–Debe ser porque allí atajó el penal Falucho y salimos campeones ese día.

Igual, no se entendía. Y cuando pregunté quién se iba a meter en la tribuna visitante con la Rosita en una caja, todos los dedos me señalaron sin dudar.

Creo que fue la primera vez que la maldije. Porque justo ese fin de semana, el mismísimo santo de la vieja, se jugaba el clásico.

Abajo me puse la mía, la camiseta de mis amores, la que tiene la firma del equipo campeón del mundo, por primera vez. La del visitante me la puso Felicitas, la vecina, que es fanática de esos macabros. Yo, tocarla, ni loca. No la rocé siquiera.

Mi familia se acomodó temprano en la popular, para poner la bandera. Yo, con la gorra tapando media cara, no sea que alguien me reconociera, hice la fila de los detesta-

bles y me metí ahí nomás, a la altura del arco, para un costado, pensando en el palo en el que se había tirado Falucho para atajar el penal.

Empezó el partido, al poco tiempo íbamos ganando. Y nos quedamos, no supimos aprovechar la ventaja, y yo me mordí los codos y me olvidé de las cenizas de la vieja. Como a los cuarenta del segundo tiempo, nos empatan. Fue un griterío espeluznante. Qué odio, hermano, qué ganas de taparles la boca. Ahí me acordé. Saqué la cajita.

Fue en ese momento, exacto, en que se levantó el viento. Tormenta de Santa Rosa, no falla nunca. Justo cuando abrí la caja, las cenizas volaron en remolino hacia el arco.

Cuarenta y seis minutos, uno más de alargue, se mete el Coco en el área, y la Rosa se mete en los ojos, la nariz y la boca del burro del arquero.

Qué gol. Se me pasó y lo grité, después lo cambié por un ¡Nooooo!!, era orsai!!! Por las dudas salí corriendo, en el baño me saqué la camiseta y me asomé en la escalera, justo para ver la bandera desplegada en la popu:

“Se siente, la Rosita está presente”.

Por eso a mí que no me vengan con eso de que las mujeres no saben de fútbol. Y aguante la Rosa, carajo.

---

## MARTA MERKIN

---

Nació en Buenos Aires en 1947. Periodista y escritora, en la década del 60 se inició como editora gráfica y luego como fotógrafa, oficio que realizó en diversos medios de la Argentina y México, donde vivió varios años. De regreso al país, trabajó como productora y conductora de radio y guionista de radio y televisión.

Colaboró como columnista en diferentes diarios y revistas y fue coordinadora de la colección Sudamericana Mujer.

Publicó junto a Any Ventura el libro *Los intendentes* (1990); y con Carlos Ulanovsky *Días de radio* (1995). Su primera novela histórica fue *Camila O'Gorman, la historia de un amor inoportuno* (1997); le siguieron *La Peñaloza, una pasión armada* (1999) y el libro de crónicas *¿Qué tienen las mujeres en la cabeza?* (2000). La novela histórica *Los Lugones, una tragedia argentina* (2004) fue su último libro. Falleció en 2005.

---

## MARGARITA EGGERS LAN

---

Nació en Buenos Aires en 1955. Trabajó en radios y periódicos; escribe cuentos para chicos y adolescentes. En el año 2003 obtuvo dos premios de la Cámara Argentina de Publicaciones. Fue la autora de *Historias bajo las baldosas*, un proyecto de rescate de la memoria subterránea de la Ciudad de Buenos Aires. Actualmente está dedicada a la promoción de la lectura. Es miembro experto de la Comisión de Lectura y Bibliotecas de la Organización de Estados Iberoamericanos (O.E.I.).

Libros publicados: *Color de Ciruela 2; Un castillo para Marlene y otros cuentos; Con olor a canela; El volcán de Miguel y otros cuentos; Que siga huyendo; Rayuela 4, 5 y 6; Mi papá es filósofo; Nunca pierdas de vista tu sombra; Historias bajo las baldosas.*

---



Ministerio de  
**Educación**

Presidencia de la Nación



200 AÑOS  
BICENTENARIO  
ARGENTINO

LECTURA PARA TOD@S

PLAN NACIONAL  
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL  
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



**TV Pública**  
CANAL SIETE

*Fútbol para tod@s*